

3. La escucha de la verdad

San Benito, junto con los Apóstoles y todos los padres y madres de la Iglesia, tenía la conciencia de que la verdad es la palabra del Señor. Por eso toda la Regla pide escucharla, ya desde el principio: "*Obsculta, o filii, praecepta magistri* - ¡Escucha, hijo, los preceptos del Maestro!" (RB Prol. 1).

Todo, en la comunidad monástica que no quiere ser otra cosa que comunidad cristiana en su esencialidad, está organizado, dado y pedido a la escucha del Señor. La oración común, toda ella entretrejida con la Palabra de Dios, la enseñanza del abad, los tiempos de lectio divina, la lectura en la mesa o antes de Completas, el clima de silencio constante que no es otra cosa que un clima de escucha y meditación constantes, el diálogo fraterno, sinodal, para escuchar la opinión de cada miembro de la comunidad (cf. RB 3); pero también la vida cotidiana hecha de convivencia fraterna, de trabajo, de acogida a los huéspedes y a los pobres, de cuidado de los enfermos, de servicio humilde y de responsabilidad: para san Benito, todo es un espacio de escucha constante de la verdad que Jesús nos dice, y que Jesús quiere que vivamos, que experimentemos, para que penetre en nosotros y entre nosotros. Porque la verdad que Cristo nos dice y testimonia es el amor del Padre y del Hijo en la comunión del Espíritu Santo, que quiere convertirse en nuestro amor filial hacia Dios y en nuestro amor fraterno entre nosotros y con todos. La verdad de Cristo es la Vida divina de la Comunión trinitaria que, a través de la Iglesia, se convierte en vida nueva en nosotros y entre nosotros.

Pero si esto es la verdad, ¿por qué nos cuesta escucharla? ¿Por qué, también, somos a menudo como Pilatos, que incluso ante la Verdad misma finge no oírla y se aleja preguntando: "¿Qué es la verdad?"

Y es que la verdad de la palabra de Cristo, la verdad del Evangelio, nos incomoda, nos contradice, nos exige opciones que contradicen lo que la serpiente nos susurra, y que siempre nos parecen más atractivas e interesantes que la verdad de Cristo.

San Pablo, escribiendo a los Corintios, se da cuenta de que la serpiente siempre está actuando y contradiciendo la verdad que el apóstol no se cansa de anunciarles: "Pero me temo que, lo mismo que la serpiente sedujo a Eva con su astucia, se perviertan vuestras mentes, apartándose de la sinceridad y de la pureza debida a Cristo". (2 Cor 11,3)

La serpiente nos susurra que nos conviene ser grandes, fuertes, poderosos, ricos. Pero Jesús nos anuncia que nuestra verdadera alegría es ser pequeños, mansos, humildes, pobres. La serpiente nos susurra que la finalidad de la vida es triunfar sobre los demás; Jesús nos anuncia que la plenitud de la vida es la Cruz, perder la vida para darla. La serpiente nos susurra que la energía que nos impulsa y nos hace progresar es el orgullo, la vanagloria; Jesús nos anuncia que el secreto del progreso espiritual es la humildad.

¿Quién tiene razón? ¿La serpiente o Jesús? Jesús nos invita a experimentar su verdad para descubrir en ella la bienaventuranza, una plenitud y una paz de corazón que no nos da todo lo que susurra la serpiente. Adán y Eva se sintieron inmediatamente defraudados por las promesas de la serpiente. En cambio, la promesa del Creador que nos hizo a su imagen y semejanza, a imagen de la Trinidad, que nos hizo hijos en el Hijo, sigue siendo válida, y sólo espera nuestra escucha, nuestro sí obediente a la verdad del Evangelio para cumplirse en nosotros, como se cumple en los santos.

Jesús dijo un día a los judíos: “Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn 8,31b-32)

Jesús nos dice una verdad que nos hace libres. Pero, ¿libres de qué o para qué?

Para Jesús, la libertad no es tanto la libertad de pensar y decir lo que uno quiera, sino la libertad de vivir. En el fondo, la libertad que Cristo nos da es la libertad de amar, de ser capaces de dar la vida, y también de perderla, de sacrificarla. No se es discípulo de Cristo sólo con el pensamiento, sino dejando que su palabra modele toda nuestra vida.

Esta es la obra de la Iglesia, de la comunidad cristiana, de la asamblea de discípulos convocados por el Señor que nos llama a estar junto a Él, en torno a Él, amándonos unos a otros para permanecer en su amor como Él permanece en el amor del Padre, dejándonos amar por el Hijo como el Hijo es amado por el Padre en el don del Espíritu. Pentecostés da a la Iglesia esta experiencia y la alimenta constantemente a lo largo de los siglos hasta el retorno de Jesucristo.

El Señor, llamándonos a Él en el bautismo y luego en la forma de la vocación que nos da, nos llama siempre a vivir esta experiencia en comunidad, a crecer como miembros vivos de su Cuerpo. Si no pensamos así en nuestra comunidad, significa que tenemos una idea mundana de ella y, por tanto, vivimos en ella con criterios mundanos y no según la verdad de Cristo.

San Pablo habla de los deseos según la carne y no según el Espíritu:

“Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordia, envidia, cólera, ambiciones, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen estas cosas no heredarán el reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí” (Ga 5,19-23).

Santiago advierte también contra los sentimientos que van contra la verdad de Cristo:

“Pero si en vuestro corazón tenéis envidia amarga y rivalidad, no presumáis, mintiendo contra la verdad. Esa no es la sabiduría que baja de lo alto, sino la terrena, animal y diabólica. Pues donde hay envidia y rivalidad, hay turbulencia y todo tipo de malas acciones. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, intachable, y además es apacible, comprensiva, conciliadora, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sincera. El fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz” (Sant 3,14-18).

Los dos apóstoles presentan la paz, que es fruto del Espíritu, como el estado de la comunidad y del corazón que vence todas las inspiraciones del maligno, todos los deseos de la carne, todas las insinuaciones del mundo. La verdadera paz es para nosotros una victoria, la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte que se convierte en la victoria de nuestro corazón cuando dejamos que Cristo lo conquiste con su presencia que nos dice la verdad e insufla en nosotros el Espíritu del Padre.

Cuando, en la tarde de Pascua, Jesús resucitado se aparece a los discípulos incrédulos y temerosos, les ofrece esta presencia suya, herida y viva, que los transforma con el soplo del Espíritu (cf. Jn 20,19-23). Y así es como Cristo nos trae la paz: “Jesús se acercó, se puso en medio y les dijo: 'La paz esté con vosotros'" (Jn 20,19).

Deberíamos vivir así cada Eucaristía, personal y comunitariamente, y vivir toda nuestra vida comunitaria como si estuviéramos siempre reunidos en torno al Resucitado. Entonces se produciría entre nosotros el mismo milagro que transformó a los apóstoles y los convirtió en toda una comunidad eclesial deseosa de acoger y testimoniar al Señor que trae la paz y salva al mundo.